

# Ramón Carlos Negro

## 12.VII.1909 – 20.IX.1995

*Dr. Fernando Mañé Garzón<sup>1</sup>*

### I

Con el fallecimiento acaecido el 20 de setiembre de 1995 de Ramón Carlos Negro, ya hace muchos años retirado a la vida privada, la pediatría nacional siente con sobrada perspectiva que un período muy fecundo de su historia se culmina. Integra así definitivamente a su acervo una figura de singular relieve que por sus propios atributos deja en forma indeleble y veraz una obra, un esfuerzo y un ejemplo.

### II

Nació en Montevideo el 12 de junio de 1909, en un hogar ya distinguido por sus inquietudes intelectuales y profesionales, de segura holgura patrimonial. Luego de estudios primarios realizados en el Colegio Elbio Fernández y secundarios en el no menos prestigioso Liceo Rodó, ingresó a la Facultad de Medicina en 1929, en la que se gradúa de médico luego de una adecuada formación en 1936 que se caracterizó, como lo demostrara posteriormente, por su promoción independiente y libre de compromisos. Exigido por sí mismo, no plegado a séquitos ni escuelas en un concebir la medicina como un elitista esfuerzo autodidacta y personal. Ya orientado hacia la clínica pediátrica se vincula al Instituto de Pediatría de la Facultad de Medicina, creado el año anterior y por tanto al Hospital Pereira Rossell. En ellos transcurre prácticamente toda su carrera. Se vivía, al egresar Ramón Carlos Negro el primer año de la muerte del gran maestro Luis Morquio (1867–1935), quien había fundado sobre sólidas bases la medicina de niños en Uruguay y frente a su desaparición, tal fue lo ejemplar de su obra, que ello no implicó otra cosa que la continuación de su acción

1. Profesor de Pediatría.

**Correspondencia:** Dr. Fernando Mañé Garzón. Casilla de Correo 157. Montevideo, Uruguay

Este trabajo ya fue publicado por la revista Archivos de Pediatría del Uruguay (Arch Pediatr Uruguay 1995; 66(4): 55-9); dada la importancia de la figura del Prof. Negro, es de interés del Comité Editorial que esta publicación llegue a todos los médicos del país. Con permiso del editor de la revista citada, reproducimos este material.

Recibido 26/6/96

Acceptado 5/7/96

creadora y promotora de la pediatría. Como bien dijo Juan César Mussio Fournier en un elogio del maestro:

*El gran mérito de Morquio es el de haber sido uno de los primeros maestros de nuestra Facultad que estimuló y casi obligó a sus discípulos a dedicarse a la investigación científica, y logrando así después de una lucha titánica triunfar sobre la indiferencia y la hostilidad de nuestro medio<sup>(1)</sup>.*

Ese espíritu inquieto y resuelto en la creatividad persistió en el instituto como una de sus señeras características, pues esa postura vertía en su influencia la mejor asistencia y docencia también creativa.

### III

Sucede al maestro en la dirección del Instituto de Pediatría José Bonaba (1884–1951), digno, consecuente y laborioso continuador de la obra de Morquio y donde concreta su gestión junto al siempre distinguido grupo de colaboradores y en especial con el profesor agregado Víctor Zerbino. En 1943, Ramón Carlos Negro accede por concurso de oposición a la Jefatura de Clínica (Grado 2) y se vincula muy especialmente con quien será posteriormente uno de los integrantes de la generación del 45: Julio R. Marcos. Serán particularmente éstos, si no sus maestros, aquellos a quienes guardó siempre particular reconocimiento y respeto. Zerbino, talento espontáneo, ágil de excelente vocación clínica en especial volcado a las afecciones respiratorias. Marcos, talento penetrante y de amplias inquietudes entre las cuales se interesó en la patología digestiva y hepática antes de abrazar su dedicación definitiva neuropsiquiátrica. Aunque más tardía no dejó de ser valiosa su vinculación con Alfredo U. Ramón Guerra (1904–1996) con quien compartieron intereses en diferentes puntos de investigación clínica. Aunque fuera de la disciplina de su culto, tuvo una sincera, sentida y justa admiración por Pedro Larghero Ibarz (1901–1963) con quien a partir de una vinculación familiar colaboró en problemas clínicos de cirugía hepática.

### IV

Su carrera tiene una primera culminación cuando luego de una laboriosa exigencia reglamentaria, la adscripción,

es nombrado junto con su amigo y leal rival José María Portillo, profesor agregado en 1953, siendo titular Euclides Peluffo (1907–1969). Paralelamente realiza la carrera en el Ministerio de Salud Pública. Actúa como médico ayudante del servicio de fisiología infantil a cargo de Pedro Cantonnet Blanch (1900–1988) de quien recibió también la impronta morquiana, en la Colonia Saint Bois, especialidad que siguió cultivando siempre con particular versación. Fue también por concurso de oposición médico fisiólogo pediatra, colaboración que se concreta en el trabajo sobre tratamiento de la tuberculosis del niño con isoniacida<sup>(2)</sup> y su fundamental contribución al estudio en nuestro medio de la primoinfección tuberculosa así como en otras de especialización fisiológica<sup>(3)</sup>. Dará oportunamente prueba —como veremos— de esta versación. Posteriormente se hace cargo del Servicio de Enfermedades Infecciosas del Hospital Pereira Rossell y es a partir de entonces que su dedicación preferencial se concreta en esta especialidad pediátrica. Con él surge esta disciplina como verdadera especialidad<sup>(4)</sup>.

## V

Hombre de estatura regular, más bien alto, de compleción atlética desarrollada en su juventud en el basquetbol, erguido y de franca mirada, eran sus rasgos también regulares, de cabello abundante y prematuramente cano, pobladas cejas y un armonioso y corto bigote configuraban su rostro, donde unos gruesos anteojos hacían brillar sus ojos inquietos. Pero esa faz, esa cara se transfiguraba en la expresión bien medida, siempre dispuesta a una broma, siempre sagaz en captar el matiz risueño, jocosos o mismo ridículo de una situación, de un propósito, de una silueta al pasar. Era entonces cuando con cortas frases definía una persona, burlaba a otra, elogiaba en forma a veces desmedida y admirativa a un amigo. “El hombre es un carácter” ha dicho un clásico latino. Hombre reactivo ante los otros, amaba a unos, pero también sabía ignorar a otros o asentarles el certero golpe de sus críticas que eran tan subjetivas como tenaces pero siempre guardando una medida que lo distanciaba de lo vulgar y lo trivial. Valiente y tajante en sus opiniones, era difícil, por no decir imposible hacerlas cambiar, pues sabía imponer esa su voluntad con lo que él consideraba oportuno y ajustado desprovisto de aviesa intención: ¡sí señor! era la interjección con que concluía su inefable sentencia. Frugal en sus gustos, más que ajustado en sus gastos guardó una fina elegancia en sus trajes bien cortados y en su andar en elástico balanceo de su cuerpo, dando la impresión, y así lo era, en efecto, que sabía adonde iba, mas no lo alteraba ni el requerimiento ni la prisa. Su vida transcurrió principalmente en su actividad hospitalaria, hospital al que llegaba más bien tarde, como un señor,

no como un exigido funcionario, así como tampoco tenía hora para retirarse, lo que hacía muchas veces ya entrada resueltamente la tarde.

Su singular y afable simpatía lo habían hecho popular y requerido. Configuró su mundo en función de una personalidad dispar, liberal, informal y conciente de ello, noble en su mundo, sin ataduras formales así como sin dobleces ni requiebros. De convicciones políticas igualmente firmes, decidido liberalista, de ideas que supo defender y sufrir por ellas con el largo alejamiento al exilio de su hijo Ramón Carlos durante la cruenta e inicua dictadura militar. Con altura y dignidad, confiado en el triunfo de la legalidad y la justicia supo soportar estas pruebas y también esperó su fin con esperanza y optimismo. No sin justa necesidad fue requerida su participación luego del restablecimiento constitucional en los tribunales de ética, tanto universitarios como gremiales. Conciencia impoluta que lo llevó en convencida y valiente actitud junto a un dilecto grupo de eminentes colegas (José B. Gomensoro, Raúl Di Bello y José María Portillo) a renunciar como miembro de la Academia Nacional de Medicina. Al ser requerida recientemente su anuencia para ser postulada a formar parte de dicho cuerpo, Irma Gentile-Ramos, con la integridad que caracteriza a su conducta y no apartándose de la lealtad al maestro declinó el ofrecimiento que, por otro lado, justamente le era debido.

Tanto en nuestro medio como en el rioplatense, en los que había adquirido amigos sinceros y llenos de un leal afecto hacia él, era requerida su presencia.

## VI

Casi simultáneamente con su promoción a la agregación integra un grupo de trabajo de colaboradores que él plasma con su personalidad, sus inquietudes, su dedicación casi exclusiva, podríamos decir, a la actividad hospitalaria. Entre ellos se destaca en primer término Irma Gentile-Ramos, con quien en una armonía de lealtad, de sentimiento “como los tientos de un lazo se entrevera nuestra historia” y de inquietudes, sincronismo intelectual y afectivo que se prolongara durante más de treinta años. Completó el equipo si bien en forma más concreta y tan solvente como eficaz, Joaquín Galiana (1920–1975), quien contribuyó con su formación de bacteriólogo en la realización de numerosos trabajos de investigación.

## VII

Tres aspectos debemos destacar de esta unión, de ese dúo tan fecundo, que se expresó con empeño en la asistencia, la docencia y la investigación.

En el aspecto asistencial cubrieron la totalidad de la infectología pediátrica a nivel nacional siendo el punto de

bre su larga experiencia en primoinfección tuberculosa. Nos place recordar su cariñosa atención a las madres que bien sabía transmitir en sus clases, a su tierna aunque somatizada simbiosis con sus hijos cuando dicen: "Doctor el niño no me come; doctor Juancito no me hace fiebre o me vomita o no me hace pu-pu". Parte de este inquieto y perplejo humor fue recogido en uno de sus últimos libros <sup>(6)</sup>.

## IX

Quiero analizar ahora en forma especial la actividad que maestro y discípulos desplegaron en la investigación clí-

Su especialización en fisiología infantil, iniciada junto al dilecto y talentoso discípulo de Morquio, Pedro Cantonnet Blanch, nos la ofreció con una impecable lucidez en su último libro, en el que aborda todos los aspectos de la tuberculosis del niño <sup>(16)</sup>.

## XII

Como todos los clínicos de vocación, no dejaron Negro y Gentile-Ramos de cultivar la nosología. La curiosidad por las situaciones excepcionales que a todo clínico le cabe y diría le es grato afrontar como un desafío y plasmar esta inquietud en forma concreta, enriqueciendo así



